

Jefe de cordada



Riccardo Cassin

Prólogo de Fosco Maraini

Mi vida de alpinista

Premio ITAS

Libro de Montaña

Festival de Trento 2002

«Hombre roca» lo llama Fosco Maraini en el prefacio. Un italiano audaz y pragmático, capaz de pasar por donde todos los demás desistían. Y «los demás» eran los mejores alpinistas del sexto grado de la época, como Emilio Comici en las aéreas Dolomitas, o Giusto Gervasutti y Pierre Allain en el duro ambiente del Mont Blanc. Al final el más decidido e imbatible en los extraplomos de la Oeste de Lavaredo y en el espolón helado de la Walker en las Grandes Jorasses, fue Riccardo Cassin, el herrero de Lecco llegado del boxeo, quien transformó la zona de la Grigna en el laboratorio del alpinismo extremo.

Superados los noventa años, el gran alpinista repasa con detalle su carrera de legendario «jefe de cordada», desde las escaladas de los años treinta hasta las expediciones de vanguardia en la posguerra, en esta autobiografía definitiva que se funde y completa con episodios inéditos y relatos de *Dove la parete strapiomba* (1958) y *Cinquant'anni di alpinismo* (1975).

Ilustrado con valiosas fotografías del archivo de Guido Cassin, y galardonado con el Premio Itas de Literatura de Montaña en el Festival de Cine de Trento en 2002, Jefe de cordada ha sido aclamado como un libro imprescindible de la literatura de montaña mundial.

Prólogo

Creación del hombre roca

Era una bonita tarde dorada. El sol relucía entre los estratos de nubes a los pies del Paraíso, despertando maravillosos colores con todos sus tonos.

Dios Todopoderoso disfrutaba, como le gustaba hacer de vez en cuando, amasando con sus manos seres humanos. Acabada la obra, daba un ligero soplido al barro ¡y listo!, el milagro se había realizado: un nuevo muchacho partía hacia su vida destinada. La corte de los ángeles, reunidos en gran número, aplaudía, se alegraba, mostraba extraordinario entusiasmo. ¿Quién ha dicho que todo el Paraíso es música de Bach, de Palestrina, de Händel, todo cuadros de Murillo o del Perugino? En el Paraíso también hay alegría, incluso juerga, hay bailes, podría decirse que a veces es una celeste «discoteca».

—¡Señor, moldéanos el hombre roca, modélanos el hombre cuerda! —gritaban los ángeles más atrevidos.

El Señor aquel día estaba sereno, alegre, condescendía con gusto a las propuestas de sus ángeles.

—Pero para el hombre roca, para el hombre cuerda se necesita una tierra especial, ¿no lo sabéis?

—Está bien, enviaremos una delegación de ángeles a buscarla...

Así la delegación de ángeles partió hacia las regiones más remotas y más antiguas del planeta, donde se encontraba la tierra originaria, la que había quedado milagrosamente intacta desde los tiempos de la creación, y llevaron un gran cesto al Señor. Éste se puso enseguida a amarlarla con mucho esmero.

—Ahora veréis —anunció—; daré vida al verdadero hombre roca, al hombre picacho, al hombre rayo... ¿Os gusta?

—Pero es bajo, es ancho, tiene el cuello macizo... Nosotros nos lo imaginábamos largo, sutil, elegante...

—En fin —respondió el Señor—, dejadme hacer a mí, que yo tengo práctica en estas cosas... Es así como se hace el hombre roca... De lo contrario, ¿cómo podría resistir las tempestades más terribles, los vértigos, el tormento de las noches al raso, las extenuantes horas de cansancio?

El Señor miró complacido su escultura:

—Oh, ángeles, aquí tenéis un verdadero, auténtico hombre roca.

Después le insufló el soplo de la vida.

¡Había nacido Riccardo!

Fosco Maraini.

Nota del editor

Este libro es la fusión, oportunamente revisada y reeditada, de dos volúmenes aparecidos previamente: *Dove la parete strapiomba* (Baldini & Castoldi 1958) y *Cinquant'anni di alpinismo* (Oglio 1977).

Pero también es algo más.

Es la historia de Cassin contada por Cassin. Si hubiese sido escrita por otro sería, por así decirlo, una *cassinada*: como aquella, de prosa muy viva, de la que es autor Georges Livanos (*Cassin: érase una vez el sexto grado*, Oglio 1983). O aquella —la primera no estrictamente alpina, publicada por Vivalda Editori en 2001— firmada por Danielle Redaelli, que me ha ayudado, frecuentando durante años la casa de Cassin, a reunir los recuerdos de Riccardo. Gracias también a Guido Cassin, por habernos ayudado a encontrar las fotos más bonitas para incluirlas en el volumen.

Este libro, decíamos, viene a ser algo más respecto de los precedentes, también porque hemos querido añadir al material que ya había sido editado algún episodio «memorable», como la historia de la búsqueda de la tumba del padre; o las poco conocidas vicisitudes del partisano Cassin durante la histórica Batalla de Lecco; o la extraordinaria repetición —a los setenta y ocho años cumplidos— de su vía a la Nordeste del Badile.

Para finalizar, una consideración. Aún sin sentirse de ningún modo narrador, Cassin ha contado sus aventuras con gran inmediatez e insuperable detalle (sobre todo en lo referente a la descripción de los itinerarios alpinos).

Vosotros juzgaréis si el resultado de sus esfuerzos puede ser considerado, a su manera, como un «clásico» de la literatura de montaña.

Matteo Serafin.

Premisa del autor

«Riccardo, ¿por qué no reúnes en un único texto todas tus hazañas alpinas, desde las primeras escaladas a los Prealpes hasta las expediciones extraeuropeas?». Esta oferta, que se me hacía por varias partes durante un tiempo y considerada por mí, a decir verdad, sin mucho entusiasmo, no se vio realizada hasta el año 75, después de la expedición al Lhotse. Por primera vez, en aquellos días, mi voluntad de alpinista había sido doblegada por una montaña: volvía a casa con un doloroso sentimiento de rebeldía, pero también con una nueva conciencia de la medida exacta de mis límites. Fue entonces cuando surgió *Cinquant'anni di alpinismo*, libro que describía todas mis escaladas y recogía mis reflexiones. Aún antes, en el año 58, había salido *Dove la parete strapiomba*, que se fijaba más difusamente en el periodo de mi juventud.

Hoy, muchos años después, sale un nuevo volumen para contar las mismas cosas (y también alguna más).

¿Por qué? Porque yo no he dejado nunca de ir a la montaña. Todavía hoy, de vez en cuando voy en mi querida Lecco, a los Llanos Resinelli o a los Llanos de Erna, quizá sólo para contemplar los colores y respirar el aire más cortante, o para ir de caza; la montaña ha sido siempre para mí una estupenda fuente de sensaciones que enriquecen enormemente el corazón y la mente.

Así, con la esperanza de llegar a transmitir lo mejor posible, con el relato de los hechos y de los episodios de mi larga «jornada» alpina, aunque sólo sea alguna migaja de

esta pasión, he aceptado la nueva oferta de retomar mis memorias, para hacer un libro definitivo y más preciso.

¡Buena lectura!

Riccardo Cassin.

Primera parte

Así fue al principio

Mi infancia

Da igual nacer en medio de la llanura, donde los Alpes aparecen como un perfil lejano, o en la ciudad, donde se camina por las profundas trincheras de las calles: si se ha nacido para la montaña, tarde o temprano nos sentimos atraídos.

También yo, como otros muchos alpinistas, he nacido en la llanura. La primera vez que vi las montañas no eran más que perfiles lejanos: en Savorgnano, mi pueblo natal a orillas del Tagliamento, sólo había campos, canales y calles polvorientas.

Tenía una gran familia de campesinos, con una gran casa y mucha tierra que trabajar. En aquella época, especialmente en Friuli, el sueño de una vida mejor llevaba a muchos campesinos a buscar fortuna al otro lado del océano, como sigue ocurriendo hoy en tantos países pobres del mundo. Tenía dos años cuando papá emigró a Canadá, y mi hermana Gina estaba recién nacida. De él no tengo ningún recuerdo, sólo los relatos de mamá Emilia. Recuerdo sólo vagamente cuando, dos años después, el párroco nos dio la noticia de su muerte.

Siempre habíamos creído que papá trabajaba en la minería, y que murió por una explosión de grisú en el intento de salvar a sus compañeros. Así al menos nos lo había contado el tío Antonio, a quien mi padre le había dejado el trabajo en la oficina de Vancouver porque —como nos dijo— en la cantera se ganaba más. Probablemente quería ahorrar todavía un poco más de dinero antes de volver a casa. Fuera como fuera, todo lo que sabíamos era el nombre de la localidad donde había muerto, escrita en el registro de la parroquia: «Nicomen, Canadá». Canadá nos parecía un país enorme y misterioso, y la verdad es que no podíamos permitirnos costosas búsquedas: debimos conformarnos con tener a papá Valentino en el corazón, y en las pocas fotografías. Cuando, en 1961, guie una expedición a la conquista de la aún virgen pared sur del McKinley, hice también los primeros intentos de encontrar la tumba de mi padre. Pensé incluso en pedirle ayuda al presidente Kennedy, que me había mandado un telegrama de felicitaciones por la conquista. Pero hasta el año 98, con ocasión de un viaje a Banff, realizado para participar en el Festival de Cine de Montaña, no he podido visitar la Gruta del Coyote en la que perdí a mi padre. Esta gruta se encuentra en la vieja cantera de Nicomen, donde se extraía la grava para construir la ferrovía, en un pueblo de la Columbia Británica, que actualmente se llama Mission. Encontrar a mi padre, después de ochenta y cinco años, ha sido como llegar a la cima de una montaña durante mucho tiempo deseada. Y debo decir que no habría sido posible sin un poco de suerte, la tecnología de hoy y el compromiso de muchas personas que me han ayudado: pensándolo bien, los mismos ingredientes que se necesitan para el éxito de una expedición.

La casa de mi abuelo materno, donde nos trasladamos después de la desaparición de mi padre, era grande, con muchos tíos y muchos brazos para trabajar. Y aquéllos no eran años de abundancia, pero entre todos se lograba salir adelante. Los verdaderos problemas empezaron el día en el

que, desde casa, vimos marchar a los soldados río abajo. Al prolongarse la guerra llegó la verdadera hambre. Recuerdo que después de las batallas en Tagliamento iba a buscar algo de comer en las alforjas de los soldados muertos y les quitaba las botas para cambiarlas por comida. Tenía siete años, y no me preocupaba por mirar el color del uniforme: sólo sabía que ahí había un muerto, que ya no necesitaba botas o víveres, y que en casa había hambre, a pesar de los milagros de mamá Emilia. Supimos de la derrota sólo al ver llegar otros soldados, casi todos chicos polacos y húngaros unos diez años mayores que yo e igualmente hambrientos: era la invasión austro-húngara. Recuerdo perfectamente que, cuando llamaron a la puerta, compartimos con ellos nuestra escasa comida.

Así pasé mi infancia, en aquel campo llano, humedecido por la niebla, refugiado en un ambicionado confín. Fui a la escuela hasta quinto de primaria, y aunque algunas malas lenguas dicen que era un golfillo, que hacía novillos para pescar en los canales, siempre intento chapotear en el río, no debéis creer semejantes calumnias.

La infancia acabó rápido. A los doce años fui a trabajar a una pequeña herrería. En aquella época la jornada laboral era de doce horas. ¡Cuántos días pasados girando la manivela del ventilador en la forja! Recuerdo todavía aquel chirrido del hierro contra el hierro, y los fognazos de las brasas en la cara. Por suerte, a pesar del duro trabajo y las dificultades, he encontrado siempre tiempo para divertirme. Y, puesto que por encima de cualquier cosa me gustaba moverme y estar al aire libre, practicaba todos los deportes posibles. Los domingos estaban dedicados al fútbol y a correr: medio fondo y fondo. De vez en cuando conseguía con mis amigos arreglar alguna bicicleta militar —trofeo de guerra—, si así se podía llamar a aquellos pesadísimos cacharros de hierro. Entonces pedaleaba como un condenado por los caminos polvorientos hasta San Daniele, y desde ahí buscaba cómo encaramarme por los collados hasta

donde podía. En estos primeros bastiones sobre la llanura, las Dolomitas despuntan a lo lejos, y es muy probable que mi mirada las abrazase ya con cierto interés. ¡Pero todavía no podía imaginar lo que esas montañas iban a significar para mí!

En Lecco

En 1926, a los diecisiete años, recibí una carta de un amigo emigrado a Lecco. Decía que allí, a orillas del Lago de Como, había mucho trabajo, que uno podía convertirse en herrero, quizá mecánico, en poco tiempo. Y me fui también yo de emigrante, como papá, con una vida por delante.

En Lecco, sin embargo, las radiantes perspectivas de la carta se revelaron distantes de la realidad: ningún taller me contrató como herrero, y mucho menos como mecánico. Debí adaptarme para hacer de peón, de «chaval» como se dice por aquí, para construir el taller donde trabajaría después.

Después del trabajo iba a la escuela nocturna, y cada semana mandaba dinero a casa para mi madre y mi hermana. Ese trabajo era duro de verdad: todas aquellas carretillas me estaban alargando los brazos y creo que llevar a la espalda tantos sacos de cal me impidió crecer de modo armonioso. Pero cuando el taller estuvo listo, pude finalmente volver a mi oficio, que es el de herrero y mecánico.

Lo que os cuento —objetareis— no tiene nada que ver con mis escaladas. Pero no es así: en Lecco las montañas te rodean y te invitan, y justo en esta bellísima ciudad ha surgido mi amor por los montes.

Boscosas y más bajas más allá del Adda y del lago, de esta parte, las montañas se yerguen rotundamente, dotadas de hermosas paredes.

El Monte San Martino y el Cuerno de Medale, casi cortados de una cuchillada, se amalgaman y confunden con el Coltignone que les sigue y domina. Un poco más al este, la cresta del Resegone se recorta irregular sobre el cielo al fondo del Valle de la Comerá y, con la puesta del sol, enrojecen las puntas de la gigantesca sierra.

Si el cielo está nublado, una luz metálica transforma la piedra que toma los reflejos del acero.

En el Resegone

Fue justo el Resegone el que marcó el inicio de mi pasión por el alpinismo. Era domingo —lógicamente, porque los otros días de la semana había que trabajar—, cuando salimos para subir a la cima principal, llamada Punta Cermenati. Aquel día, ni mis amigos ni yo íbamos equipados. Nuestra única bolsa era un macuto prestado, de tipo alpino, y teniendo en cuenta el color y los agujeros podía haber pertenecido a un veterano. Nuestras botas no tenían clavos, demasiado lujo para nuestros bolsillos; y en cuanto a la ropa llevábamos la más vieja para no estropear la otra.

Había estrellas cuando salimos, con el paso rápido e incontrolado de los jóvenes, siempre con prisa, como si no tuvieran toda la vida por delante. En el Valle de la Comerá el cielo empezó a clarear. No nos costó encontrar el sendero, donde termina el camino, y subiendo por la ladera empinada observaba por primera vez esas paredes blancas de caliza tomar los tonos del amanecer. Aquella potencia maci-